

Semana Santa 2020

"¿Dónde quieres que preparemos la Pascua?"

(Mt 26, 17)

JUEVES SANTO

Amigos y hermanos cofrades, en estos días, en los que estamos viviendo una Cuaresma y una Semana Santa tan peculiar, somos llamados a redescubrir la fecundidad de la cruz de Jesús, la fecundidad de su confianza y de su obediencia al Padre, y la fecundidad del don que hizo de sí mismo. En esta Cuaresma, muy dura, fuimos invitados a caminar con Jesús; a hacer un viaje dentro de nosotros mismos para orar, escuchar y, redescubrir que el hombre vive, sobre todo por los dones que Dios hace, y que no lo dejará ir, si nuestros corazones son acogedores y no se disipan.

La Semana Santa es la culminación de este camino: oramos, escuchamos, aceptamos morir con Jesús para levantarnos con él y encontrar, la plenitud de la vida donde realmente está: en el encuentro con él, el Resucitado. El Llama a nuestra puerta: abramos para que esté con nosotros, para hablarnos, para consolarnos, para guiarnos, para darnos esperanza, para comunicarnos su vida de Hijo de Dios.

Hoy es Jueves Santo, entramos de lleno en los días más importantes de la Semana Santa: el Triduo Pascual y este Triduo viene precedido cada año por el recuerdo de la Cena del Señor, esa cena que es un adelanto de lo que sucederá física y realmente en los días siguientes.

Si los primeros días de esta Semana hemos entrado en el corazón de Jesús para descubrir lo que sentía ahora nos disponemos a contemplar su amor más grande. Leamos el Evangelio hoy. *Juan, 13, 1-15*



Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no

todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.

Reflexión

"Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis."



Jesús, en el lavatorio de pies, hace un gesto que nos habla de un amor que se hace tangible, se hace servicio. En la imagen, Jesús y Pedro parecen estar unidos por una reverencia profunda, del uno hacia el otro. Jesús está de rodillas para recordarnos que vino *"no para ser servido, sino para servir"*, para vivir su vida como un don de amor para nosotros. El rostro de Cristo se refleja en la palangana y Pedro, casi desconcertado por ese amor misericordioso, mira más allá, hacia los pies del Mesías, percibiendo una llamada a seguir los pasos del Salvador, que le pide que no entienda, sino que se deje amar. Y es precisamente ahí, donde estos cuerpos están unidos en dar y recibir, que se realiza la Eucaristía, representada por la copa y el pan partido iluminados por la luz del Salvador. Toda la escena descansa sobre una alfombra azul para sugerir que el cielo está ahora en la tierra, donde se vive el don de uno mismo para el otro.

¡Jesús ayúdanos a aceptar tu invitación a tener la misma experiencia que tú, a considerar nuestra vida como un servicio de amor!

Oración final

Señor, si tuviera que elegir una reliquia de tu Pasión,
tomaría ese pequeño barreño lleno de agua sucia.
Viajaría por el mundo con ese recipiente
Y me inclinaría ante cada pie, doblándome hasta el suelo,
y ceñiría una toalla para secarlos.
No miraría por encima de la pantorrilla
para no distinguir a los enemigos de los amigos,
y lavaría los pies del vagabundo, del ateo, del drogadicto,
del convicto, del asesino, de los que ya no me saludan,
de ese compañero por el que ya no rezo,
y lo haría en silencio, para que todo el mundo
entienda el amor que les tienes, al ver el mío.

*Pedro Fernández Amo
Delegado Episcopal para las Hermandades y Cofradías*